



www.loqueleo.com

© 2012, Ana Catalina Burbano

© De esta edición:

2017, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-801-3

Derechos de autor: 044386

Depósito legal: 005154

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2012

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Junio 2017

Tercera reimpresión en Santillana Ecuador: Junio 2017

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Jaime Hidalgo Maldonado

Actividades: Marlon López

Edición y corrección de estilo: María de los Ángeles Boada

Diagramación: Ramiro Jiménez

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

De una isla y otros seres fantásticos

Ana Catalina Burbano



loqueleto



*A mis amigos de Tierra del Fuego,
la Antártida y las islas del Atlántico sur.*

Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

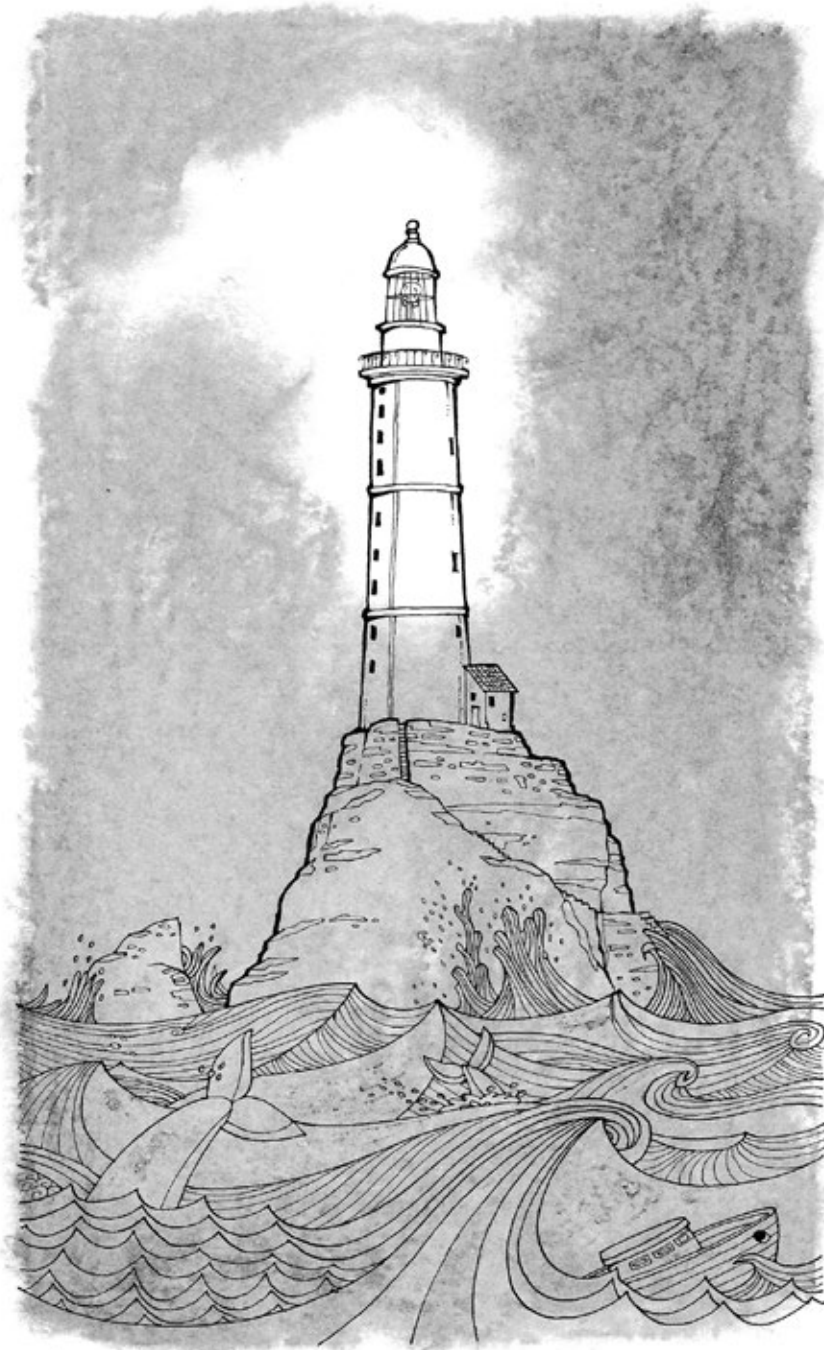
Sueños	11
El naufrago	15
La piedra que salta	19
Un fantasma que piensa que es un sapo	23
Debajo de la escalera	27
Sapito el Vago	31
Le va muy bien el traje	35
Rumores	39
Se lo tragó Gagá	43
Podrás ser lo que tú quieras	47
Tagadaba Lo	53
Coatíes	57
Iris	61
Las Hagüelada	65
De vuelta a casa	71
Te ato y te desato	75

El Árbol-que-todo-lo-sabe	81
El Bosque-siempre-verde	87
Tres ardillas	93
El muchacho que vivía en un zapato	95
No ambiciones y tendrás todo lo que deseas	99
El retrato	103
Una canción	107
El brillo de la luna menguante	113
Guguino	121
Acertijos	125
La historia recién empieza	129
Cuatro gatos	133
Biografía	137
Cuaderno de actividades	139



Mis sueños son de aquellos que, una vez alcanzados, continúan pareciendo un sueño. Desde que era una niña imagino que vivo junto al Faro del Fin del Mundo y después de tener aventuras extraordinarias puedo decir que casi lo he logrado. Llegué allá siguiendo el olor del mar y la curvatura del cielo, que se hace más alta y más ancha a medida que nos acercamos al faro. 11

Este se encuentra en un lugar brumoso, sobre un llano redondo y desnudo, ni un solo árbol lo acompaña, y las olas que lo rodean son tan grandes que hasta ahora no me he atrevido a cruzarlas. Creo que cuando lo haga será para siempre, nunca más volveré a salir de allí.



Por ahora me limito a observarlo desde una isla cercana, por la ventana de la Casa de los Sueños. Pienso que vivo como un duende en la torrecilla blanca y roja, sin más amigos que las aves y los lobos marinos durante el día, y en la noche, arrullada por todos los vientos y cobijada de estrellas.

Cuando llegué, la Casa de los Sueños estaba vacía. Los vecinos dijeron que podía quedarme el tiempo que quisiera porque la casa no tiene dueño, es de todo el que necesite habitarla. Aquí he tenido experiencias que a mí misma me resultan inexplicables. A ratos pienso que no soy la misma de antes y hasta he llegado a creer que me estoy convirtiendo en un pájaro o en un arbolito más de estos parajes.

La isla tiene habitantes que nunca han salido de ella, seres que se ven como nosotros pero que, muchas veces, son personajes de cuentos y leyendas. Este libro narra las historias de algunos de ellos.

Tengo miedo de despertar un día sin recordar quién soy y escribo sin dejar de mirar el

faro. ¿Quién sabe si en algún momento la torrecita se desprende de las rocas que la sostienen y se va sola, sin mí, a alumbrar otros mundos, más allá de la tierra y el mar?

14

El naufrago



El océano que separa la isla del faro guarda misterios que solamente ha revelado a los naufragos.

15

—Allá abajo vive gente —me confesó uno de ellos—. Las mujeres son de cabello largo, verde azulado, y tienen los ojos tiernos, del color de las piedras marinas. Los hombres, en cambio, son de un solo color: grises de la cabeza a los pies.

Le pregunté si esos seres eran parientes de las sirenas y respondió que no había podido averiguarlo porque la guardia costera lo rescató un segundo antes de que las olas se lo llevaran. Ansioso por demostrarme que no estaba mintiendo, me pidió que lo acompañara a mirar el mar.

—Tal vez puedas verlos tú también —dijo, esbozando una sonrisa tímida.

16 Salí de casa vestida con impermeable, botas altas y un gorrito con orejeras. Aquí, aunque sea verano, el frío húmedo del mar penetra hasta los huesos. Mi amigo el náufrago me estaba esperando en una de las barcasas que salen con turistas a las tres de la tarde. Decenas de personas de todo el mundo llegan con la idea de llevarse un recuerdo del faro. Se quedan uno o dos días, compran *souvenirs* y vuelven satisfechos a disfrutar del confort de grandes trasatlánticos.

Subimos a la terraza del catamarán, donde encontramos un sitio para mirar el mar apartados del bullicio de la gente, que todo lo observa a través de filmadoras y cámaras fotográficas, pues se han acostumbrado a confiar más en la memoria digital que en su propia sensibilidad o en el poder de sus cinco sentidos.

Luego de cuatro horas de travesía por los alrededores de la isla y el faro, atentos a la más mínima señal de vida bajo las ondas grises, ver-

des y azules, habíamos contemplado delfines y nutrias, pingüinos magallánicos, lobos de uno y dos pelos... Hasta la sombra de un cóndor se dibujó por un instante en el agua. Pero en ningún momento descubrimos algo que denotara la presencia de otra clase de seres.

El náufrago partió la mañana siguiente en uno de los pocos vuelos que salen al continente una vez al mes. Antes de irse dijo que tenía algo para mí.

—Lo hallarás uno de estos días, cuando menos lo esperes. Se lo he pedido al mar.

La piedra que salta



La bruja era pequeña y estaba soltera. Tan soltera que nunca había pensado en casarse y tan pequeña que cabía dentro de mi cartera. La encontré en el mar, cuyas aguas se vuelven más serenas y azules a medida que se adentran en el fiordo. Una ola suave llegó hasta mí trayendo, entre otras cosas, una piedra que parecía moverse sola.

—¡La piedra que salta! —me dije entusiasmada.

Y, al tratar de alcanzarla, la piedrecilla dio un brinco y fue a parar adentro de mi bolso de playa. Seguí caminando acompañada de hileras de pájaros que volaban hacia el acantilado donde tienen sus nidos; mientras tanto, la marea empujaba las olas hacia la orilla, cada vez más

cerca del camino bordeado de rocas que conduce hasta el interior de la isla.

Encontré caracoles que narraban historias en las lenguas del viento y el agua. Escuché lo que tenían que decirme y los dejé partir, porque de lo contrario nunca más volverían a contarme nada.

Llegué a casa al anoecer, había caminado más de dos horas y sentía un cansancio tan agradable que decidí acostarme inmediatamente. Entonces recordé la piedrecita.

«La pondré en la ventana», pensé. «Estará bien acompañada entre las flores rojas y azules». Pero al buscarla dentro del bolso constaté que no estaba.

Toda la noche soñé con mi amigo el náufrago, aunque esto no es ninguna novedad: después de su partida he soñado con él muchísimas veces. Esta vez lo vi nadando hacia mí en compañía de una familia de ballenas.

Desperté cuando todavía estaba oscuro, bostecé y me estiré como una gata soñolienta. Entonces la descubrí sobre los libros que tengo junto a la cama; ahí estaba ella, de fino plumaje y ojos del color de la lluvia más clara.

